

“FUEGO CRUZADO”

Laura Giunta - lic.lauragiunta@gmail.com

Unidad Académica N°3 - Hospital Ameghino

ABSTRACT

Las Instituciones tienen vida propia encarnada en sus actores que despliegan un discurso oficial, que alinea y ordena, a los efectos de “saber quién es quién”. Los cambios son vividos como atentados a la estructura que la constituye como tal. Generalmente estos cambios son acompañados incluso por nuevas incorporaciones profesionales, en una institución de salud, de educación, la que fuere, generando respuestas: aceptación, resistencias, angustias, ansiedades. A veces los nuevos actores convocados en el dispositivo son vividos como destituyentes del status quo instaurado, pudiendo gestarse conductas de boicot no sólo para el dispositivo instituyente sino incluso para la propia institución, saboteándose el desempeño y compromiso de los integrantes, por el temor que genera aquello nuevo que se visibiliza planteando nuevos paradigmas profesionales de trabajo, que son vividos hostil y persecutoriamente, justamente por ser portadores de una nueva dialéctica por fuera de la institucionalizada. Claro está, en una institución de salud mental la ética profesional sería el límite a todos estos juegos de poder, territorialidades e incumbencias. Cada vez más, en las instituciones de salud somos observadores y hasta destinatarios de situaciones de violencia, que puntúan desde la más larvada expresión, el destrato, el feroz maltrato psicológico hasta llegar a la agresión física, en donde muchas veces el paciente es el efector de una energía tanática generada por el fuego cruzado. El gran desafío: cómo neutralizar la violencia?.

PALABRAS CLAVES: Violencia- Instituciones- Ética- Prevención-

DESARROLLO

Las Instituciones tienen vida propia encarnada en sus actores que despliegan un discurso oficializado que, irremediablemente imprime un sello, esto es: “habilita”. Alinea y ordena, a los efectos de “saber quién es quién”. En este juego de saber-lo, de saber-se, cada actor despliega el propio narcisismo, y ocupa el rol del supuesto saber, estableciendo con el paciente un lugar de asimetría vincular: “yo soy el que sé”. Sin reconocer que el paciente también “sabe”. Este juego se oferta a veces entre los mismos profesionales, disputando así no sólo la jerarquía de Quien sabe sino también la “pertenencia” o “propiedad” del paciente. Cuando hablamos de Educación, puede llegar a correrse el riesgo de pensar que, por ser docente y como tal, el “saber me pertenece”, visibilizando así una paradoja en sí misma: en lugar de prodigar generosamente, exijo justo aquello que no ofrezco. Mezquino, de múltiples formas, en la función, el quehacer que debiera encarnarse en el ser docente. A veces, el saber se constituye en Iglesia, decálogo de la identidad institucional y profesional, desconociendo que es aún más importante el saber hacer, el saber puesto en acto más allá del mero corpus teórico. Sin desmerecerlo, y muy por el contrario, es sobre éste que se construye una práctica profesional, iluminada por sentido común y pensamiento crítico. Dicha práctica profesional también debiera sustentarse en una moral y una ética profesional que nos albergue por sobre todo como seres humanos, imperfectos pero perfectibles. El saber institucionalizado, del ámbito que se no ocurra, no debiera cuestionarse sino al precio de ser declarado subversivo a quien enuncie un pensamiento propio. Ahora bien, qué entendemos por cuestionar? Quizás el sostener en la propia subjetividad un pensamiento autónomo?

Los cambios institucionales son vividos como atentados a la estructura que la constituye como tal. Generalmente estos cambios son acompañados incluso por nuevas incorporaciones profesionales, en una institución de salud, por ejemplo con implementación de equipos inter y transdisciplinarios. Esto también replica en organizaciones de educación o del tipo que sea, generando una gama de respuestas: aceptación (en el mejor de los casos), resistencias, angustias, ansiedades, violencia en sus diversas formas (acoso, maltrato laboral, violencia psicológica, verbal). A veces los nuevos actores convocados en el dispositivo son vividos como destituyentes del status quo instaurado, pudiendo gestarse conductas de boicot no sólo para el dispositivo emergente

sino incluso para la propia institución, saboteándose el desempeño y compromiso de los integrantes, por el temor que genera aquello nuevo que se visibiliza planteando nuevos paradigmas profesionales de trabajo. Así sucedió en la implementación de un nuevo dispositivo clínico para trastornos alimentarios, donde las mismas recepcionistas daban turnos en forma incorrecta derivando mal al paciente o diciéndoles que determinado profesional se había desvinculado de la clínica, o negando turnos por “falta de agenda”. Vivido hostil y persecutoriamente, el nuevo dispositivo por ser portador de una nueva dialéctica por fuera de la institucionalizada encarnaba una encrucijada: la supervivencia o la asimilación: ser o no ser, (“Hamlet”). Y en cierto punto ésta es la encrucijada de lo que irrumpe en lo institucionalizado. Claro está, en una institución de salud mental la ética profesional sería el límite a todos estos juegos de poder, territorialidades e incumbencias. Cada vez más, en las instituciones de salud somos observadores y hasta destinatarios de situaciones de violencia, que puntúan desde la más larvada expresión, el destrato, el feroz maltrato psicológico hasta llegar a la agresión física, en donde muchas veces el paciente es el efector de una energía tanática generada por el fuego cruzado. El gran desafío: cómo neutralizar la violencia?

Después de presentar el escenario como tal, es menester convocar posibles aproximaciones a potenciales respuestas para descomprimir estas tensiones disruptivas.

Lo primero que me viene a la mente es la gran pregunta que Freud hizo a su paciente Dora: Qué tiene que ver Ud. en esto que le acontece? Inevitablemente la mirada se vuelve sobre nosotros mismos, aún cuando nos reconozcamos con mayor facilidad, en el lugar de la víctima pasiva más que del victimario ominoso (no olvidemos que la negación y otros tantos mecanismos de defensa funcionan “maravillosamente”). Volver la mirada a mí mismo implica el auto-reconocimiento de mi dimensión humana, vulnerable, imperfecta y perfectible. Me hace ascender al universo del “ser persona”, y borra atisbos de superioridad o asimetría con mi semejante. Von Gebattel sostenía esta convivencia de proximidad entre el médico y el paciente: su naturaleza humana y la calidad de “encuentro” en sentido humanista. Es entonces en esa dimensión ontológica del ser donde debemos poder encuadrarnos, contemplar un eje propio en donde “somos”, devenimos irremediamente auténticos. Es este punto irreductible el que habilite el poder posicionarse para correrse del lugar en el que el otro, con su juego, intenta **imponer**.

Cuando hablamos de “imponer”, remite a un acto de violencia, en donde lejos de sentirnos convocados, intentan llevarnos por la fuerza allí donde no deseamos, esto es someternos. Sometimiento, reduccionismo o cosificación: violencia, si la hay. Despersonalizarnos y convertirnos en un pseudópodo del otro malogrado por su propio ego. Lograr desbaratar el juego de poder del otro, por el simple hecho de ubicarnos en un locus propio es una conquista innegable. Este es un lugar en nuestro interior, es lo que humildemente llamo “la propia baldosa de poder”. Es darnos el lugar mas allá del que el otro intente hacernos creer que detentamos o miserablemente mantenemos. Volver la mirada sobre nosotros es constituirnos como el otro en el sentido estrictamente ontológico, y no otro cualitativamente diferente. Incluirnos en lo preventivo, en la salud nos coloca en un plano mínimamente “saludable”. Poder hacernos cargo de nuestros desaciertos tanto como de nuestro logros, de nuestras destemplanza tanto como de nuestra generosidad, nos permite espejarnos y decodificar la necesidad del otro semejante. El trabajo en Salud no nos otorga certificados de “saludables” como tampoco el ser sacerdote, de pureza o santidad. Llegar a la posición depresiva kleiniana, (aún cuando de vez en cuando la perdamos), entendiendo que no existe el malo y el bueno per se, sino que se es bueno-malo, o malo-bueno, que somos muchas cosas, pero por sobre todo “somos” lejos de destituírnos, nos convoca al trabajo personal y a la superación íntima de nuestro ser.

Reflejarnos en el otro, espejarnos, es poder compartir la riqueza de la diversidad de pensamientos en contraposición al Dogma empobrecedor y sesgador de mente. La diferencia, el cuestionamiento y el poder abandonar espacios de “pseudo-comodidad profesional”, de “saberes fundamentalistas”, nos insta a la creatividad, al espíritu inquieto buscador de preguntas más que de respuestas certeras... Porque las verdades, si las hay, son temporales, transitorias y en muchos casos son constructos que apaciguan momentáneamente la angustia que genera el vacío de respuestas definitivas. Quien no convive en la diversidad democráticamente, vive un mundo de mentira sin ser consciente de ello. Quien no tiende puentes entre lo diferente, lo que interpela, lo que cuestiona, integrando miradas, aferrándose a estructuras obsoletas, muere paradójicamente aislado en un contexto que supone “seguro”. Muere de “rigidez”. Morir es entonces la incapacidad de seguir creciendo, cuestionando, interrogando. Morir es pues “senilidad intelectual”. Por ello, trabajar en interdisciplina y transdisciplina es un desafío. El lenguaje, lo simbólico que

cada disciplina imprime es un primer desafío a saltar, el segundo es el reconocimiento de un saber del que no dispongo. Asumir la propia castración es un duro trayecto del camino, necesario para poder “ser” en plenitud, porque se es por lo que soy y lo que no, por lo que tengo y lo que carezco, y en este juego de combinatorias posibles se imprime, conjuntamente con la propia historia y lo heredado, la calidad de “ser único” que cada uno ostenta.

Volver el punto de atención sobre uno mismo también nos insta, (trabajo psicoanalítico propio mediante), a estar más conectado con el propio deseo y en la medida que esto suceda, más coherente y pulsionalmente ligado a la vida estará nuestro trabajo como así también más profesional y menos sesgado por el propio escotoma de lo no tramitado. El Lic. Mario Cingolani, Psicoanalista, afirma que no es mejor analista quien mejor recita textos de Freud o de Lacan, sino aquel que tenga un trabajo comprometido en su análisis personal de tal forma que resulte conectado con su propio deseo, y reconozca y acepte sus propias castraciones o limitaciones.

Las experiencias de los grupos Balint también son reconocidas por gestar un espacio enriquecedor, de supervisión y de saneamiento en el campo de la salud, preventivo junto a otras terapéuticas, del burn out que tanto diezma a los profesionales de la salud. Por ello también me parece oportuno citar a Bleger cuando habla de la integración de los niveles del conocimiento: los tres niveles biológico, psicológico y social. Las ciencias médicas escotomizan algunas veces los dos niveles de integración superadores, dando predominio al soma, a lo biológico quizás por abreviar en las Ciencias Duras. Un planteo profundo para repensar y re-pensarse

Me viene a la mente el concepto griego de la compasión ante la moira o destino. El griego asistía al teatro a ver las Tragedias, una y otra vez, y se conmovía por lo irremediable del destino (en eso ellos creían), y la imposibilidad de torcer la historia del personaje atormentado, sobre quien recaía el castigo en cuestión. Compasión: padecer por el otro, dolor por el dolor ajeno, sentimiento de conmiseración, misericordia, piedad. Asumir una mirada compasiva en vez de enjuiciadora sobre el otro, es un buen punto de partida para empezar a dialogar e instalar puntos de encuentro en el quehacer profesional, con un otro pero luego de “encontrar-se” y “re-conocerse” uno mismo, en la dimensión y profundidad que ello implica.

BIBLIOGRAFIA

“Vigilar y Castigar”. Michael Foucault Ed. Siglo XXI.

“El Acoso Moral”. Marie-France Hirigoyen. Ed Paidós

“La Banalización de la Injusticia Social”. Christophe Dejours Ed. Topia

“Obras Completas” S.Freud Ed. Amorrortu